

acuerdo con él. Entresacamos algunos trozos del artículo que este escritor dedica al admirable novelista H. G. Wells:

«Los incidentes de la política inglesa han revelado al mundo una crisis que no ha sorprendido a los lectores atentos de la literatura de ese país. Mucho han cambiado los tiempos desde cuando la nación entera embriagada por los triunfos del imperialismo, gloriosa de su prosperidad, de su fuerza y de la hermosa disposición de sus hogares, aclamaba en Rudyard Kipling al joven y célebre narrador de las proezas coloniales, al poeta de los cuarteles, de la flota y de las energías anglosajonas. El pesimismo y las audacias de Tomás Hardy hacían entonces el efecto de escándalos dolorosos; el intelectualismo de Jorge Meredith desconcertaba como una anomalía tan inquietante como singular. Desde hace unos quince años una nueva generación de escritores se complace en mirar de frente las realidades o confrontarlas con un ideal. Unos, con más agudo análisis, penetran hasta el fondo de las almas y ponen al desnudo las debilidades del individuo. Otros critican a la sociedad. Otros, en fin, pretenden reformarla o por lo menos oponen a lo que existe lo que debiera existir y no se cansan de trazar planes. El más popular entre todos estos psicólogos sin ilusión, estos críticos sin indulgencia, estos innovadores sin miramientos, es sin duda H. G. Wells.

«Es socialista en cuanto admite que el libre desenvolvimiento de los individuos no bastaría para asegurarles la felicidad y que es precisa la intervención del Estado.

«Pero en realidad, para trazarle a este poder su programa, poco se ocupa Wells de partidos y sectas. La superioridad del socialismo reside en que esta doctrina está más cercana a la ciencia.

«¿Por qué no dirigirse directamente a la ciencia misma? La felicidad colectiva por la felicidad individual: he aquí el fin; la organización científica del planeta: he aquí el medio.

«Por esta fórmula se podría creer

que Wells está de acuerdo con el positivismo de Augusto Comte; de ningún modo. Sabido es que el positivismo es una sociología fundada en la ciencia y que concluye en religión. Esta vasta doctrina científica comprende una vasta concepción sistemática del universo y una «política» en el más lato sentido de la palabra. Wells no le pide tanto a la ciencia; no espera de ella la construcción de un nuevo sistema sino más bien la supresión de los antiguos, el contacto más directo posible con los hechos y el utilización inmediato de estos conocimientos para ordenar la vida conforme con la naturaleza. Pues lo que le interesa a este novelista no es el conocimiento ni la acción, sino la vida. Y piensa que la vida pudiera ser simple, buena y armoniosa—de lo que está lejos en realidad.

«La crítica de la sociedad y especialmente de la sociedad inglesa tal como la ven sus ojos poco benévolos: he aquí el fondo esencial de las últimas novelas de Wells.

«En vez de abarcar el sucesivo desarrollo de su país, compara la realidad presente al orden racional que ha concebido—el orden mismo de la Naturaleza según él—y condena a una sociedad en que no ve sino monstruosa mezcla de rezagos feudales y actividad caótica, de aristocracia caduca y mercantilismo desenfrenado con todos los desórdenes y todas las crueldades del individualismo económico.

«Pero si Wells está afiliado a los reformadores que quieren cambiar el actual orden de cosas, se separa de ellos en diversos puntos. A este propósito nada es más curioso que su novela *Ana Verónica*. Esta joven emancipada no es, de ningún modo, lo que se llama comúnmente una «feminista». Evadida del paternal hogar, porque quiere tener una personalidad propia y no se conforma al destino vulgar, se ve mezclada un instante al feminismo y aun a las sufragistas. Pero ella no comprende «el tono de hostilidad para con los hombres», ni «la amarga vindicta» que anima a las rebeldes: «Había allí el sentimiento de cierta injusticia tor-